

II Domingo de Pascua o de La Divina Misericordia. Ciclo C.
El resucitado, alegría de los creyentes

En el segundo domingo de Pascua sigue resonando el mensaje de alegría que anuncia a Cristo resucitado y su presencia misteriosa en la vida humana. Los relatos de los evangelios transmiten dos datos históricos acerca del resucitado: el sepulcro abierto sin el cuerpo de Jesús y las apariciones del resucitado a las mujeres y a los discípulos. Éstas constituyen el testimonio decisivo del acontecimiento de la Pascua. Los diversos relatos muestran que no se trata de visiones subjetivas de quienes las experimentan sino de vivencias extraordinarias de unos testigos a los cuales se presenta el mismo Jesús después de resucitar de la muerte. Esos testigos no son unos visionarios, sino personas capaces de reconocer en el resucitado a aquél que lleva en su cuerpo, en sus manos, en sus pies y en su costado las marcas del que fue crucificado. No se trata de un fantasma sino de una persona real, cuya identidad es la misma, pero ahora definitivamente transfigurada por la Resurrección. En ello se centra el relato duplicado de la aparición de Jesús a los discípulos en el evangelio de Juan que muestra la incredulidad de Tomás y exalta la fe de los creyentes a lo largo de toda la historia (Jn 20,19-31)

Este relato subraya la identidad del crucificado y resucitado, destaca la donación del Espíritu del Resucitado a los apóstoles y resalta que el medio adecuado para comunicar la fe en el Resucitado es el testimonio y la palabra. La victoria sobre la muerte y sobre el mal es el comienzo de la nueva creación. Jesús, Señor de la muerte y la vida, sigue dando su aliento de vida, soplando su fuerza de amor e infundiendo su Espíritu divino a la humanidad entera. Juan cuenta la comunicación del Espíritu por parte de Jesús como un nuevo aliento, una nueva atmósfera, un nuevo brío: "Recibid Espíritu santo".

La resurrección de Cristo es el acontecimiento decisivo de transformación del ser humano en su proceso evolutivo filogenético, pues el Espíritu de Cristo da un nuevo vigor al ser humano que quiera recibirlo. En el segundo relato de la creación del libro del Génesis (Gn 2, 4-25) se cuenta que el hombre recibió el aliento de Dios y se convirtió en ser vivo. De modo semejante, en la nueva creación el ser humano recibe el aliento de Jesús y se convierte en Hombre Nuevo. Este cambio cualitativo en el hombre es un fenómeno del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos, y que ha convulsionado la tierra entera difundiendo por doquier la potencia de su amor. Este Espíritu se hace presente en la historia de modo singular como palabra generadora de vida nueva. La palabra es soplo, aliento, aire y espíritu articulado, cuya potencia es vital. Pero Jesús lo sigue haciendo desde dentro de la historia, en medio del sufrimiento y de la injusticia de la vida humana, a través de la palabra y del testimonio de los creyentes.

Los Apóstoles reciben el Espíritu del Resucitado. Con su fuerza dan testimonio del Señor Jesús, realizando los signos y prodigios que anuncian la llegada de los tiempos nuevos (Hch 5,12-16). En el Apocalipsis la visión gloriosa del "día del Señor" acontece para Juan en el destierro y en la tribulación por haber predicado la Palabra de Dios dando testimonio de Jesús (Ap 1,9-19). El camino de la Iglesia naciente es un camino tortuoso de dolor y de tribulación, como también lo es a lo largo de la historia y del presente. Sin embargo, el viviente Jesús tiene las llaves de la muerte. El realismo de la muerte violenta e injusta sufrida por Jesús como víctima del poder político imperial y del poder religioso conservador ha dejado la huella imborrable de la limitación humana en aquel cuyo amor ha traspasado definitivamente el límite en virtud de su apertura al Espíritu transformador de Dios. La losa del sepulcro ha sido removida desde las entrañas de la tierra. La muerte ha sido vencida desde dentro. En el Resucitado y en el encuentro con él la humanidad encuentra la vida y la esperanza que nos colma de alegría.

A partir de la resurrección, Jesús, Señor de la muerte, sigue dando su aliento de vida, soplando su fuerza de amor e infundiendo su Espíritu divino a la humanidad entera. Pero lo sigue haciendo desde dentro de la historia, en medio del sufrimiento y de la injusticia de la vida humana, a través de la palabra y del testimonio de los creyentes. Creer en el crucificado y resucitado genera un nuevo estilo de vida que supera todos los miedos y se nutre continuamente de los dones del Espíritu, la paz verdadera, la alegría plena y el perdón. Pero la credibilidad del testimonio cristiano depende de la autenticidad de la comunidad, de su fidelidad en el seguimiento del crucificado y de su capacidad de resistencia en la lucha contra el mal. Esto es lo que hace el autor del Apocalipsis en un lenguaje simbólico e imaginativo que representa el triunfo del Resucitado, pero visto desde la perspectiva del reverso de la historia, desde los que, como Juan, experimentan el destierro y la persecución por haber predicado la palabra de Dios y haber resistido con firmeza a los envites aniquiladores del poder político imperial y del mismo cristianismo acomodaticio.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura